

un acopio de talentos sublimes y brillantes; pero sin embargo, deseo emplear el que tengo en el mismo objeto, pues sé que al que se le dieron cinco se le pedirá cuenta de cinco, y al que le tocó uno solo se le tomará residencia de este uno; y por esta razón procuré desengañar á tu hermana de los errores en que vive, creyendo que así lo debo hacer y que quizá algún día le serán de provecho mis avisos. Si se burlare de ellos, si no los estimare en nada, ella cogerá el fruto de su error; pero yo habré hecho cuanto puedo por su bien.

—Ya estamos, dijo Matilde, en que cuando mi entendimiento no quede perfectamente convencido con lo que me dices ó tenga alguna duda, te la he de proponer con franqueza. En esta inteligencia, no puedo menos que decirte que me hace mucha fuerza, no sólo que disputes con mi hermana, sabiendo quien es, sino que ahora sostengas que hiciste bien, y que lo debes hacer, cuando otras veces me has dicho que es bobería disputar con ella, y con cualquiera otra persona obstinadamente necia, pues no se saca ni se puede sacar ningún partido ventajoso de tales disputas. Esto tú me lo has dicho, y no há mucho que tácitamente me concediste que no habías hecho bien de empeñarte en la disputa del cigarro. Conque dime ¿á qué me debo atener?

—Fácilmente saldrás de la duda, respondió el coronel, y advertirás que no me contradigo. Atiende: no es lo mismo disputar que aconsejar en cualquiera disputa; pero esto se entiende con prudencia. Disputar es ventilar ó defender uno su opinión contra otra con razones, no con palabras sin substancia, pues en este caso ya no será disputa sino algarabía, y como los necios porfían casi siempre sin razón y sin saber lo que porfían, sino que quieren sostener su opinión porque sí y porque nó, de ahí es que será una imprudencia el ponerse á disputar con un necio.

Fuera de esto, hay disputas tan frívolas é impertinentes que no es cordura mezclarse en ellas. La del cigarro fué una de éstas. ¿Qué importa que tu hermana tenga por un exceso de mala crianza el que una niña chupe un cigarro? Nada seguramente, y así debí haber omitido la disputa como impertinente para mí y como frívola en sí misma.

Otras disputas hay sobre cosas tan evidentes, que el sostenerlas con ardor contra un necio es la mayor locura é insensatez, como si yo quisiera defender que mi levita es azul contra un ciego que defendiera que era verde.

De esta clase suelen ser y son muchas disputas que merecen despreciarse por los cuerdos, y de éstas son de las que te tengo hablado; pero hay otras en que

por necesidad, por caridad y por justicia, no sólo debemos ingerirnos, sino sostener nuestra opinión con el mayor empeño. Así al inocente le es lícito defenderse con energía de la calumnia, al católico le es permitido defender su religión, al letrado su parte en justicia, al buen amigo el honor de otro amigo que vacila en una lengua mordaz ó equivocada, y á cada uno sus derechos cuanto pueda. Ningún empeño, ninguna diligencia está de más en estas ocasiones; y ya bien entenderás que no te he hablado de este género de disputas.

El consejo es de diferente naturaleza, aunque muchas veces concurra al mismo fin que la disputa más bien sostenida; porque el consejo es el parecer que se da, ó se debe dar siempre por el bien de otro, desnudo de todo vil interés, y regularmente seguro. Si yo aconsejo, verbigracia, á tu hermana que no castigue á su hija con crueldad y que no la consiente con melindre, es por su bien, no tengo en ello ningún particular interés, y mi consejo es de los más seguros. ¿Me has entendido? ¿estás satisfecha de que no hay contradicción entre dar un buen consejo y huir una disputa impertinente?

—Lo estoy, dijo Matilde; te he entendido perfectamente, y ¿cómo no te he de entender si explicas con tanta claridad lo que me enseñas? Pero ya que me he

instruído, voy á que te traigan tu gala. — ¿Qué cosa? — Tu chocolate, pues es hora de que lo tomemos. Ya vuelvo. — Aquí concluyó esta sesión, y también el capítulo sexto.

